Mallea

Eduardo Mallea

Lectura y literatura



IN OCTAVO
2026

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Eduardo Mallea

Lectura y literatura



IN OCTAVO
2026

Noticia

En el principio fue el verbo. Así como la palabra de Dios creó el mundo que nos envuelve y a nosotros mismos, sus personajes, la palabra del hombre ha creado y crea infinidad de mundos y personajes ficticios que replican, retocan y retuercen su propia experiencia. Este ejercicio, compartido por todas las culturas, en todos los idiomas, tiene su parte lúdica, placentera: a todos nos gusta desde niños que nos cuenten cuentos, que nos canten canciones, que nos hagan representaciones; tiene también su parte práctica: esos mundos y personajes ficticios, trágicos o cómicos, nos ayudan a comprender el mundo real y sus personajes reales, incluidos nosotros mismos; tiene, finalmente, su parte estética, la belleza escrita*, que es sustento de las dos anteriores: la palabra, el verbo, carecería de todo poder si no estuviera bien trabajada, en su fondo y en su forma, en su densidad significativa y su capacidad de atraer la atención del lector.*

En la exposición que aquí presentamos, un autor de literatura *se coloca voluntariamente en el lugar de su público para hablar de* lectura*. Repasa detalladamente los modos y grados del leer, y subraya la medida en que la lectura hace a la vez más ancha y más profunda la conciencia del lector. Describe, por un lado, el nivel de fina atención que todo escritor espera de quien lo lee, pero también expone el esfuer-*

zo que el novelista, poeta o dramaturgo hace por captar esa atención y guiar a su audiencia por el laberinto de la imaginación en una aventura destinada a agudizar la percepción, a profundizar el conocimiento, de la circunstancia histórica y de los hombres y mujeres de carne y hueso con los que cada lector, oyente o espectador se cruza en la vida.

Eduardo Mallea (1903-1982) es un narrador y ensayista argentino, cuya extensa obra apunta por una u otra vía a indagar sobre la condición humana y sobre las particulares vicisitudes de esa condición en la sociedad argentina. En el primer aspecto, refleja las preocupaciones existenciales dominantes en su tiempo; en el segundo, comparte las incertidumbres de su generación sobre el destino de la Argentina como nación y como cultura. En ningún caso Mallea hizo concesiones fáciles, y en toda su producción campea un frío escepticismo intelectual apenas moderado por una especie de cortesía. También dedicó tiempo a reflexionar sobre el ejercicio de la literatura, en especial sobre la escritura de novelas. Destacables en el género sus títulos Todo verdor perecerá *(1943),* Chaves *(1953) y* Triste piel del universo *(1971); entre sus ensayos:* Historia de una pasión argentina *(1937),* Notas de un novelista *(1954) y* Poderío de la novela *(1965).*

El editor

Lectura y literatura

Conferencia pronunciada el 27 de octubre de 1967 en la escuela Camillo y Adriano Olivetti, *Merlo, provincia de Buenos Aires, Argentina.*

UN AZAR, una coincidencia, un consejo, un secreto impulso hacia algún libro llevan de pronto a un hombre a leer por primera vez una obra literaria. Esto puede ocurrir en la infancia, puede ocurrir en la adolescencia, puede ocurrir en plena edad adulta; la ocasión importa poco. Algo importa más: el hallazgo, el descubrimiento de cierta provincia desconocida en que el recién llegado, sorprendido, va a disponer como suya de una comarca rica en enigmas, signos, mensajes, sorpresas y sugestiones.

Unos descubren en su descubrimiento la vocación de leer; otros enfrentan displicentes, recorren vagos o abandonan desganados la experiencia de abrirse paso en el mundo desconocido de las palabras. El lector con vocación tácita obtiene el mayor de los privilegios: ya no abandonará nunca esa perspectiva secreta; más aun: él mismo se hallará diferentemente reflejado en medio de la población distinta del mundo en el que, fascinado, penetra.

El hombre con vocación de lectura descubre, a través de los textos iniciales, su alma mimética: es

lo que lee, se vuelve su lectura, *halla suyo lo que otro espíritu inventó, pensó, definió*. Al avanzar la primera vez por las páginas de De Foe, el lector descubre en sí su íntimo Robinson. Al hallarse con el Quijote se encuentra con un aspecto de sí mismo. Al hesitar con el Príncipe de Dinamarca descubre los aspectos de su propia vacilación.

Una idea apasionada y trascendental del mundo aparece en los primeros textos descubiertos. El mundo le parece al incipiente lector ensanchado gracias a esas reveladoras lecturas. Todo se vuelve variedad y prodigio. Lo que parecía limitado a lo visible descubre su ámbito invisible. Lo que parecía unívoco revela plurales y secretas significaciones. Lo que se presentaba limitado presenta los incitantes contornos de su rico más allá.

Y en ese vasto y diverso universo proporcionado por las avanzantes lecturas, la sensibilidad predispuesta halla la clave de su enriquecida vida futura, aquella que los textos le brindan proyectada, estimulante, multiplicada. Lo primero que pasa, pues, con el conocimiento de la literatura es que al hombre *le multiplica los mundos*, que al hombre le repuebla el universo.

La melancolía, la rumia, el estupor ante las manifestaciones críticas terribles de la vida, se van a la vez multiplicando con la lectura; pero pronto esos estados del pensamiento afligido se vuelven el primer escalón del ascenso a las grandes respuestas. Ese primer grado del ascenso a las respuestas lo son

precisamente las *preguntas*. El lector ávido de mayores certidumbres descubre en todo cuestión, interrogación. Nada le viene al alma sin hacérsele pregunta, o sea que nada le viene al alma sin pasar de lleno al estado intelectual y por consiguiente al estado espiritual.

La pregunta es ya imaginación. Lo primero que la lectura comporta es, pues, el *llamado a la imaginación*. La imaginación del que empieza a leer se va ejerciendo sobre esta materia: la ulterioridad de las situaciones. Una situación empieza a interesar cuando se la empieza a ver en su incitante más allá. No hay nada que no contenga su más allá. Un calculista, un científico, un político, un escritor descubren algo cuando descubren el más allá oculto en la inmediata evidencia. El buscar ese más allá, el querer verlo a toda costa, el llamar a todas las puertas para hallarlo, es el don intelectual.

Al nacer la imaginación como pregunta nacen las formas estéticas de su intenso planteo. Nace la poesía. Nace el drama. Nace la tragedia. Nace la comedia. Pero, en rigor, ni la poesía, ni el drama, ni la tragedia, ni siquiera la comedia se producen sin cierta tristeza Íntima o de fondo. He ahí el inquietante común denominador. Antes de escribirlos, sin escribirlos, el lector verdadero lee en estado de poesía, en estado de drama, en estado de tragedia, en estado de comedia. De eso a la creación personal no hay más que un paso. *El lector ideal, el lector por eminencia, se confunde casi con el creador*. Lo sepa-

ra de él la existencia *objetiva* de lo creado, la materia producida. Pero esencialmente el más profundo lector está a los bordes mismos de la creación: lector ideal, lee *creando*.

Pero vemos esto otro. ¿Por qué toda creación del pensamiento no se produce sin recóndita tristeza? No se produce sin recóndita tristeza por esto: porque el hombre *no sabe*. Lo sabe "todo" (pongamos este todo entre comillas porque ese todo está limitado por todas partes, y a cada rato y todo momento y por cada lado deja de ser todo) —por la vía científica, por la vía artística, por la vía espiritual—; pero *lo último,* no lo sabe.

No saber es la suprema melancolía. Es la suprema melancolía porque es la suprema derrota. No saber es un golpe a nuestra pretensa calidad, categoría, sabiduría. El golpe a nuestro inmenso desvelo, a nuestra inmensa labor.

Y ahí viene la primera importancia de la lectura. Porque *la lectura es la primera instigación a querer saber*, a ir sabiendo, a intentar al fin saber. Saber no saber es la máxima aproximación idónea al misterio. Saber que no se sabe es abrir cortésmente las puertas comprometedoras al feroz insondable.

Para abrir con felicidad esas puertas debemos hallarnos en posesión de ciertas llaves. Quizás, la primera de ellas sea esta que puede formularse así: no sólo nos transforma lo que leemos, sino que nosotros transformamos lo que leemos. Los grados progresivos de nuestra pericia eligen los principios que

aplicaremos a la lectura para que vaya ajustándose a nuestra transformación. No leemos a Voltaire, a Coleridge, de manera útil a nuestro estado determinado sino cuando nos hemos encontrado antes con sus razones vitales y entonces hemos empezado a leerlos desde ese punto en adelante. No hay que creer que la lectura es un puerto uniforme: llegamos a él con diferente ciencia en el atracar de nuestra atención. Lo que leemos no es lo mismo para todos. El hombre es *según lee.*

Todo esto nos lleva a afirmar que no basta saber leer. *Hay que saberse leer en lo que se lee*. Esto es: importa mucho a cierta altura de una educación haberse leído uno antes. Pues la lectura no es un hábito unívoco y directo: habla siempre en distintos planos. Una novela puede no querer decir nada a un lector que lleva la nada adentro; pero puede decir mucho más que un estudio de teología compleja si el conflicto que nos muestra, que expone a nuestros ojos, exhibe las claves que nosotros descubrimos rastreándolas en la significación más eminente de ciertas partes aparentemente desprovistas de sentido trascendental.

La conducta de un Raskolnikov [1] no es igual para todos los lectores. *Dice* cosas diferentes. Aunque su texto sea uno y el mismo, el lector suscita sus crecimientos subterráneos, implícitos, ocultos a veces, disfrazados de mera acción primaria o inmediata,

1 Protagonista de la novela *Crimen y castigo*, de Fiódor Dostoievski (N. del E.)

cuando ese lector es eminentemente sagaz o docto en los sentidos que pueden asumir los diferentes conflictos de conciencia. Un autor deja de pronto semioculta una revelación: la descubre el pesquisante más diestro, el menos improvisado. Si no fuera así, *Hamlet* no sería lo que es ni la *Divina Comedia* sería lo que es. Han crecido de los encuentros con los mayores lectores, con los más intensos o con los más eminentemente parecidos a los tipos de conflicto transmitidos.

Quiere decir que el sutil ve lo que el sutil no ve. Pero a la vez, el sutil no es siempre el mismo. A su vez crece, como los libros ante sus lectores superiores. Pues todos los hombres nos vamos modificando, y por consiguiente nos vamos modificando como lectores. Hace no mucho tiempo me ha pasado volver a leer una novela cuyo tema era el tema de la *voluntad*. La había leído por primera vez bastante antes: sólo había sido sensible a sus aspectos estéticos típicos. Al leerla más tarde encontré otro libro, una intención completamente diferente, generalizaciones en extremo significativas y valiosas que antes había pasado por alto. El libro no se había modificado; pero yo sí.

Y esto es lo terrible de las obras de creación: corren siempre el riesgo aterrador de ser leídas según sus planos menos importantes, quedando en la sombra —a veces por largos períodos o para siempre— sus mensajes más interiores y sus manifestaciones de fondo.

De ahí, también, la gran responsabilidad de los lectores. Un libro es como un ser humano: no puede ser atendido con la mera vista externa o el oído ligero. He dicho en otras páginas que los libros son los que los lectores hacen de ellos. Y esto también los asemeja a nuestra condición, pues también somos lo que hacemos de nosotros aunque creamos aparecer distintos.

También la lectura dirigida por quien la lee a los otros es importante y es diversa. En los últimos años de su vida, Carlos Dickens emprendió la tarea de leer en público sus novelas. Hace poco he visto en su casa de Londres el pupitre con el que viajaba para hacerlo. Leía Dickens con tal voluntad de convencer, impresionar y *conducir* —subrayo a la atención de ustedes esta última palabra— que los médicos llegaron a comprobar la tremenda aceleración de su pulso después de aquellas lecturas en voz alta, sesiones agotadoras y verdaderamente crueles.

Porque seguramente no ignoraba Dickens que leer un texto implica la posibilidad de manifestarlo, no sólo hasta su última sonoridad auditiva, sino hasta su última sonoridad de intención, hasta sus últimos subrayados, atenuaciones o *crescendos*. Transmitir una narración hasta sus efectos más escondidos es tan necesario como la fidelidad de las letras de imprenta a su estricto original.

Descendiendo a mi experiencia propia, suele ocurrirme que leo *in mente* un texto mío, imaginando el juego de entonaciones, pausas y detalles de la acción

novelesca. Estoy seguro de que eso no puede leerse sino así, mediante un juego preciso de frases incidentales o detalles accidentales. Pero al ponerme a leer en voz alta ese fragmento veo que mi voz o mi ritmo posibles no son fieles a mi lectura interior o a los signos debidamente calculados, con lo cual hallo más de una vez roto el ámbito de la frase o alteradas sus consecuencias expresivas o conductos interiores.

Todo asume, pues, la importancia que el lector en voz baja o en voz alta conceda al conjunto ideal de las significaciones. Y los errores o precipitaciones de lectura deben ser corregidos como corrige una preciosa mujer todas las fallas que puede en el aspecto significativo de su rostro.

Pues la lectura *debe ser gobernada*, como decía Mitre de la vida al hablar con su hijo. Naturalmente, hay mucha gente que considera la lectura como un ejercicio prescindible. Pero agotando ese modo de mirar las cosas, también es prescindible la vida y con ella todos sus elementos de riqueza. Pero si la vida se nos da por una sola vez, uno debe verse tentado de creer que vale la pena vivirla hasta sus mayores consecuencias en uno mismo y no hasta el límite de sus invitaciones menores. Vale la pena invitarla a asumir todos sus contenidos posibles en términos de altura y no en términos de disminución.

Y lo mismo ocurre con la lectura. Ustedes o yo podemos leer al buen tuntún, lo que nos caiga a la mano o lo que nuestro ocio nos invite a visitar. Pero

a eso no se puede llamar lectura. Lectura es por eminencia lo que conduce al conocimiento más vasto de las cuestiones de la inteligencia humana y en especial de la inteligencia de los problemas del valor que uno debe plantear a su propia vida para que su propia vida *se mire como vida grande y no como vida chica.*

Las obras de arte —las verdaderamente llamadas así y no sus transitorios derivados— pueden considerarse según tipos de estatura primera y según términos de estatura última. Un hombre, pongamos por caso, va al teatro y ve una pieza. Algunos personajes y una situación dramática le son presentadas ahí. Pero de los dos planos que coexisten, ese espectador será capaz de absorber el primero —las peripecias y la acción-— o el de más allá, tanto menos visible y tanto más difícil. La diferencia está en el grado de pensamiento que el espectador haya puesto en marcha; en la mayoría de los casos sólo la lectura de la crítica más valiosa informa a ese pensamiento del espectador en el sentido de hasta dónde debe ir en el necesario más allá de lo que ha percibido o visto.

Por ejemplo, un espectador medio puede ver el *Pigmalión* de George Bernard Shaw sin atender sino a la comicidad pura de las situaciones. Pero eso no es la obra: es sólo una parte de la obra, la exterior y superficial. Leyéndose a sí mismo —pues también existe una lectura del texto progresivo de nuestro propio pensamiento— o leyendo el prefacio de

Shaw, llega el espectador a *saber*, esto es, a extenderse él mismo en la dimensión de su instante comprensivo, que es decir de su vida comprensiva.

¿Ven ustedes cómo en ese caso el espectador ha agregado un valor a su vida: la interpretación en términos de más allá de un producto del ingenio humano, de un producto del espíritu humano en su proceso por revelarse —y por rebelarse— en términos intelectivamente superiores, es decir, *vitalmente* superiores? Pues, la apreciación mayor por el intelecto es más vida, un elemento más de precio que agregamos a nuestro haber de las cosas y de nosotros mismos.

Volvamos al ejemplo individual. Es casi siempre el que más ayuda. A mí me había hecho sentir satisfecho —qué digo satisfecho: orgulloso— el haber visto, el haber recibido, *todo el impacto* de varias piezas de Ibsen. Creía haberlas comprendido profundamente porque me habían *impresionado* profundamente. Hasta que un día leí la interpretación shaviana de Ibsen, lo que Shaw había comprendido de Ibsen, de esas obras que yo había visto. Entonces me dí cuenta de que mi interpretación había sido estéticamente justa, pero intelectualmente insuficiente.

Porque yo no había llegado hasta el último grado de la verdad; para hablar en términos dramáticos, digamos hasta el acto último —el acto invisible a primera vista, el acto intrínseco— de aquellas piezas estupendas. Y, claro está, estas piezas no iban a valer, no iban a perdurar, por sus meros actos visi-

bles, por eficaces, por estupendos que fueran, sino por ese último grado, por esa *quintaesencia* como la llama Shaw, del teatro de Ibsen, por ese resplandor máximo que la más elevada inteligencia proyecta por la recóndita significación silenciosa de una obra.

"No, no", parece decir George Bernard Shaw. "Ibsen no concluye en la mera belleza artística de sus piezas. Hay algo más en ellas: por ejemplo, la crítica de la hipocresía oculta en muchos pretensos idealismos." Los héroes de Ibsen aparecen a menudo como hombres buenos, a veces como espíritus poéticos; pero la máscara de las ideas *buenas* se pone pronto de manifiesto para mostrarnos lo precario y definitivamente falso del disfraz. Hay muchos seres sacrificados por la mentira dorada que se les obliga a ostentar. Y eso no es lo importante. Según Shaw, para Ibsen lo importante es la verdad de cada uno, pese a lo que piensen los falsos buenos de esa verdad. Esto equivale a decir que vale más la decencia u honestidad de un corazón que cualquier actitud con que ese corazón se vea forzado a mentir o sacrificarse.

Mediante aclaraciones tan sutiles como brillantes, George Bernard Shaw me mostró lo que yo no había visto en *Hedda Gabler*, en *Casa de muñecas* o en *Espectros*. Dócil a la belleza de esas obras como a la belleza de sirenas que me ocultaran las pérfidas razones de sus propósitos, yo carecía de la vista de águila que Shaw había proyectado sobre esas obras al explicarlas en su elocuente más allá.

Pero eso no es todo. Digamos algo más. Ocurre que otros espíritus parecidamente sutiles pero tal vez más hechos a aguas todavía más profundas, pueden decir *otras cosas* infinitamente más reveladoras, más originales, más inesperadas y admirables sobre las obras de Ibsen. Más profundas que las de Shaw. En la crítica siempre cabe afortunadamente este soberano más allá. Y este soberano más allá de los intérpretes de la literatura es la cosa más estupenda y noble que les está deparada a los escritores. No hay límites para la inteligencia interpretativa; no hay tope. Puede continuar y continuar en términos de inacabable esplendor, produciendo el surgimiento o el resurgimiento de las obras en proporciones —en direcciones— insospechadas, salvándolas para elevarlas de su estado anterior.

Por lo demás lo importante parece ser, no sé si lo he subrayado suficientemente, la sucesión de lecturas rectificativas, rectificativas de los textos y de nosotros mismos. La lectura es como un termómetro. Nos confirma en lo que tenemos que ser, nos delata altos o menores según rastreemos por encima o por debajo de la superficie. Por eso la lectura es tanto más valiosa cuanto más *crea* en nosotros.

La eminencia nos educa sobre la eminencia. Más valiosa es la lectura cuanto más nos *crea.*

Es decir, un hecho, en un libro de ficción, puede ser lo que es y puede ser más de lo que es, de lo que a veces nos contentamos con que sea. En toda peripecia superiormente contada hay la peripecia y su

aura, la peripecia y las conclusiones que de ella saquen los más sabios. Sin la busca en ella de estos grados *cada vez más altos* la lectura en intensidad, la lectura mayor, no tendría más valor que la lectura de los periódicos. Y lo que la literatura nos enseña no es a divertirnos meramente, sino a divertirnos en la infinidad de las escalas ascendentes. Esa es la lectura que cambia y la que mejora. Esa es la lectura dignificante, nunca aburrida, nunca superficial, nunca secundaria: la lectura y la literatura por eminencia. De la ciencia del hombre no enseñan los tratados abstractos; más enseña una espléndida parábola o un sabio cuento de las *Mil y una noches*, un drama incitante o la *Oda a una urna griega*. [2]

Sentiría no haber dicho con bastante elocuencia lo que pienso del sentido maravilloso de la letra escrita en profundidad. Pero, según lo que he señalado, es posible que existan entre los que me están escuchando, alguno o algunos que lo sepan con más y mejores argumentos que yo. Lo mejor de la condición del hombre es que la sucesión sin fin de naturalezas que nos superan se revela siempre más y más grande en sus conmovedores contrastes y sus elevaciones admirables. Y la importancia de la *belleza escrita* que leemos, de su aprendizaje consciente y de su inteligencia legítima, prueba, más que todo, una cosa: y esa cosa es el sentimiento de cuánto existe en la palabra humana que nos eleva, haciéndonos deudores de su conocimiento cada vez más profundo.

2 Poema de John Keats. (N. del E.)

Lectura y literatura

por

Eduardo Mallea

Publicación original

© Ediciones Culturales Olivetti

Buenos Aires, 1967

Revisión, notas y edición digital

© In Octavo, 2026